

HAIGHT-ASHBURY

SAN FRANCISCO, 1967

Un terremoto me hizo rodar por el colchón y me lanzó al suelo. Me despertó a mí y al resto de San Francisco. No era nada extraño si se tenía en cuenta la falla de San Andrés; la ciudad estaba llena de casas deformadas por temblores de años pasados. Este en particular alcanzó 5,6 grados en la escala de Richter a las diez de la mañana, una hora poco civilizada.

Era demasiado temprano para levantarse, pero no quería seguir en la cama con este fulano con quien había hecho buenas migas el día anterior después de robar dos chuletones del supermercado Safeway, que cocinamos y comimos, pese a la molestia de los vegetarianos con los que compartía casa. Después de la carne bebimos casi cuatro litros de vino tinto barato de Napa y Sonoma y tomamos LSD: Owsley Purple Barrels. Pero ahora el sujeto sudaba demasiado y estaba manchando mi única sábana con los chorros de sudor que salían de sus poros. Lo que quiero decir es que su cuerpo no resistía el alcohol o las drogas, y eso me irritaba. Tenía que escapar.

Fui silenciosamente al baño para no despertar a las once personas con las que vivía. Mis compañeros de piso estaban repartidos en cinco habitaciones (cinco si contábamos el porche acristalado que estaba junto a la cocina y que daba al deprimente patio de cemento). Compartíamos ese patio con otro edificio donde vivía Janis Joplin cuando cantaba con Big Brother and the Holding Company. Algunas mañanas logré divisarla en su cocina revolviendo ollas y sartenes. A veces hablábamos a través del abismo de hormigón, como dos amas de casa.

Yo me maquillaba los ojos. Era una forma de evocar un período en que me embadurnaba toda la cara y me cardaba el pelo. Nadie usaba maquillaje en Haight... El único maquillaje visible era, quizá, una ocasional flor o un tercer ojo pintado en la frente. Pero nadie se pintaba los ojos. Una vez lista, salí a Haight Street buscando algo nuevo.

Lo primero que vi fue un bus escolar pintado de negro que ponía HOLLYWOOD PRODUCTIONS (le faltaba una e a Hollywood) en letras doradas, seguramente escrito por una persona con retraso mental. Un tipo alto estaba sentado en la escalera del autobús. Le pedí un cigarrillo, solo por hacer conversación. Tenía curiosidad.

—No tengo cigarrillos, pero ¿por qué no vienes y fumas un porro con nosotros? —dijo.

Lo seguí y me senté entre cojines floreados, colchones desnudos y velas caseras. El interior estaba pintado de celeste con manchas rojas. Había cinco o seis chicas echadas dentro. Se veían más o menos de mi edad, pero parecían más jóvenes. Quizá eran sus ojos apagados, quizá era su parloteo de chicas, pero me parecieron personas aburridas vestidas de hippies.

Eran como patos graznando por un poco de maíz. Inmediatamente me sentí superior. Había algo raro ahí: sinapsis cerebral defectuosa, bajo voltaje en los electrodos cerebrales o algo por el estilo.

Después de fumarnos el porro y conversar un poco, una de las chicas me preguntó:

–¿Te gustaría venir con nosotras? Viajamos de arriba abajo por toda la costa en este autobús.

A todos les pareció una buena idea que me sumara al grupo. A mí me pareció un poco precipitado, los conocía hacía tres minutos, pero estas personas habían encontrado la paz y el amor libre recién destetados, así que eran asquerosamente entusiastas.

Intenté verme viajando «de arriba abajo» por toda la costa con ellos, pero se me helaba la sangre de solo imaginarlo.

–No creo –les dije–. Comparto una casa aquí con once personas, así que estoy más o menos instalada. Pero ¿qué pasa con este autobús? O sea, ¿cuántos son?

–Ahora mismo somos ocho: seis chicas y dos chicos. Deberías esperar a que Charlie vuelva de la tienda antes de decidir. Él es increíble y superespiritual. Fue a comprar naranjas –dijo y apuntó en dirección a una frutería.

Esperé un poco pero luego decidí irme, así que les agradecí por el porro y fui a distraerme a otro lado lejos de aquella banda. No fue sino hasta que leí *The Family*, años después, cuando recordé ese autobús. El libro lo describía exactamente como lo recordaba. Esas chicas eran Squeaky Fromme, Susan Atkins, Mary Brunner... Si me hubiese esperado cinco minutos habría conocido a Charlie Manson.

Luego vi a un grupo de mujeres en la calle. Me pareció un poco extraño, ya que esto fue mucho antes de que las mujeres sintieran que era su deber excluir a los hombres de sus conversaciones. A medida que me acercaba, me di cuenta de que la rubia en el centro del grupo estaba exaltando las virtudes sexuales de Jimi Hendrix tras haber follado con él la noche anterior. Pasé de largo. Me pareció una tontería. Yo me lo había follado la noche previa.

Llegué al Golden Gate Park. Como siempre, el cielo sobre Hippie Hill estaba cubierto de frisbis, cometas y gaviotas. Cientos de perros de hippies ladraban y caminaban sobre las personas tendidas en el césped. El aire tenía un denso olor a marihuana, aceite de pachulí, eucaliptos e incienso de jazmín. Unos tipos negros tocaban congas y flautas; unos tipos blancos tocaban armónicas y guitarras. Estaba tan lleno de gente como Coney Island un Día de la Independencia. Todos los días de la semana eran iguales en Hippie Hill.

Me encontré con unos amigos y me quedé con ellos bebiendo vino. Más o menos al mediodía hice una parada en el 1826 de Page Street, mi casa. Llegué en medio de una fiesta de LSD. Era el tipo de fiesta que ocurría solo en casas donde vivía un vendedor de ácido.

El objetivo de la fiesta era meter LSD en polvo en cápsulas de gelatina, pero como el LSD se asimila a través de la piel, todo el mundo terminaba muy drogado. La fiesta se desarrollaba por turnos. Cuando alguien estaba demasiado drogado para seguir, otro tomaba su lugar. Así que cuando Kirk, uno de mis compañeros de piso, decidió parar, lo reemplacé frente a una montaña de polvo blanco. Después de llenar unas trescientas

cápsulas, empecé a sentir el familiar subidón del LSD. Pronto me dejó de preocupar meter LSD en las cápsulas; mis dedos apenas me obedecían. Alguien ocupó mi lugar y volví a la calle.

Empecé a caminar por Page Street, que corre paralela a Haight. La acera estaba llena de hippies y vendedores de droga.

Yo estaba bastante drogada, y Haight Street, demasiado llena de gente para mí. Así que volví a Page Street y caminé hacia la iglesia católica, el único lugar donde podría estar sola. Estaba vacía, excepto por una señora arrodillada que ni siquiera notó mi presencia. Faltaba poco para Semana Santa, así que el altar estaba cubierto de púrpura y dorado. Al fin, un lugar pacífico.

Quizá porque no soy católica, los confesionarios siempre me han fascinado. Me asomé a ver qué había dentro. Había espacios para la confesión a ambos lados del habitáculo donde se metía el cura, pero el sitio que mejor se veía era el del cura. Tenía un sillón de terciopelo y telas púrpuras y doradas colgando del respaldo. El confesionario estaba bañado por una luz celeste. Bajo el efecto del LSD se veía tan tranquilizador... Era un gran sitio para descansar, un lugar sagrado. Entré y cerré la puerta. A esas alturas estaba alucinando de lo lindo, así que incluso si hubiese sido católica no me habría parecido nada raro meterme allí.

Un minuto después se abrió la puerta y pensé que era el cura, pero no: era un tipo cualquiera. Pensé que quizá era el conserje o alguien así diciéndome que tenía que irme de la iglesia, pero no, el tipo cayó de rodillas en ese minúsculo espacio. Sus gafas se empañaron y empezó a sudar.

–Quiero comértela –murmuró–. Por favor, déjame comértela.

¡Este tipo sí que era un enfermo! Asqueroso. ¿Quién puede pensar en sexo dentro de un confesionario? Me sentía como un hongo flácido, lo menos sexi del universo.

¿Desde qué dimensión se había materializado este tipo? No estaba en la iglesia cuando entré.

Le dije algo como: «No, hijo mío, pero estás perdonado. Ahora ve en paz». Hice la señal de la cruz; no se movió. Insistí por la fuerza, pero pasé por encima de él y salí disparada por la puerta, avanzando a lo largo de las filas de asientos vacíos y de vuelta a la cegadora luz del sol en la calle.

Un camión venía en dirección a mí cargado de amplificadores, guitarras, baterías, un grupo de hippies y Grateful Dead. Se detuvieron, me ofrecieron una mano y me subieron al camión. Íbamos camino a la cárcel de San Quentin, donde darían un concierto para los presos. No pasó mucho allí, pero la música estuvo bien y a los presos les gustó.

Cuando llegué a casa, todos estaban inhalando heroína para desacelerar tras la fiesta de LSD. Me metí un poco y me eché a descansar.

Un amigo, Patrick, a quien no veía hacía tiempo, pasó a saludar. Me despertó y me convenció de visitar a su nuevo gurú, Anton LaVey, el más importante demonólogo de Estados Unidos y devoto número uno de Satán. Me pareció interesante, así que fui. Primero pasamos por la casa de la hermana de Patrick para pedirle prestado su coche. Ella estaba en medio de algo que parecía una cena de honor para un grupo de nativos americanos. Al final, resultó no ser una cena, sino una ceremonia de peyote. Su marido, un *sioux* de sangre pura, estaba masticando un enorme trozo de peyote. Todos hacían

lo mismo. Nos ofrecieron un poco y lo comimos; me pareció asqueroso. Los indios nos indicaron que teníamos que volver al día siguiente y beber nuestra orina comunitariamente para poder volver a drogarnos con el peyote. Era parte de una ceremonia de tres días.

«Oh, claro. Nos vemos mañana», les mentí. ¿Estaban bromeando? ¿Beber el pis de esos indios gordos y arrugados? No pude sino preguntarme qué hacían tomando peyote ahí, sentados en sillas de plástico, en una casa prefabricada, vestidos con camisetas floreadas de poliéster bajo tubos fluorescentes. ¿No se supone que deberían estar en la pradera bajo las estrellas vistiendo pieles de búfalo? Sus ancestros debían de estar revolcándose en sus sagradas tumbas.

Cuando llegamos a la formidable casa victoriana de LaVey, completamente pintada de negro desde los desagües hasta las elaboradas molduras de madera, Patrick me dijo que me quedara en el salón y lo esperara.

El salón parecía el set de rodaje de una película basada en «La caída de la casa de Usher», de Edgar Allan Poe. Cuando LaVey entró, vestía una sotana de terciopelo. Me pareció sorprendentemente cordial y humano. Me trajo una especie de líquido para que bebiera. Patrick volvió con una maleta en las manos; LaVey le hizo un gesto y se fue.

—Ahora sí nos vamos a divertir, Cookie —dijo—. Vamos a ir a Mount Tamalpais a invocar a un sirviente de Belcebú. ¿Qué me dices?

—Todo bien. Vamos.

Estaba segura de que LaVey era un fraude sostenido por tontos inocentes como Patrick, aunque... al mismo tiempo

no podía ignorar del todo la sensación espeluznante que experimenté dentro de su casa.

Mientras cruzábamos el puente Golden Gate, Patrick me contó que él en persona había oficiado la misa negra que provocó la huelga del periódico *San Francisco Chronicle*. Me pareció que Patrick estaba pirado.

La cima de Mount Tamalpais era demasiado oscura. Casi no hubo luna esa noche y los árboles, las piedras e incluso mis propios pies se veían distorsionados. Era como si hubiésemos sido invadidos por espíritus que hacían que todo ondulara y cambiara de forma. Quizá tan solo saber que en el pasado ese sitio fue un cementerio sagrado evocaba esas sensaciones.

Patrick abrió su maleta y sacó un talismán hecho de heliotropo, una jarra llena de sangre, un cuchillo de mango negro, una bolsa con hierbas, las pezuñas de una cabra y un libro negro. Marcó un círculo de tres metros y un par de pentagramas en el suelo. Después de ver todo esto, empecé a sospechar que Patrick podía ser peligroso. Había leído suficientes libros sobre las artes oscuras como para saber cuándo alguien se tomaba demasiado en serio a sí mismo.

Cuando las nubes empezaron a pasar frente a la luna creciente, la noche se hizo tan oscura que el contorno de la montaña desapareció y no podía ver la tierra bajo mis pies. Patrick me pidió que me ubicara en medio del círculo. Dijo que estaría bien porque era un espacio protegido. Yo pensé: si este es el espacio protegido, ¿por qué Patrick está fuera? Pero entré en el círculo y Patrick empezó a leer en voz alta un texto del libro negro. Justo cuando empezaba a relajarme, pensando que todo esto era ridículo, comencé a escuchar algo a lo lejos que

venía en nuestra dirección. Escuché pasos y una voz chirriante, mitad humana y mitad animal. No estaba imaginando nada. ¿Quizá era un pájaro herido que no podía volar? ¿Qué criatura del reino animal anda en dos patas? Esta cosa ciertamente sonaba como si caminase en dos patas, no en cuatro.

Intenté categorizar el sonido... pero el miedo superó a la razón. Sentí mi cuerpo enfriarse. Mi estómago se encogió. Mi piel debió de adquirir un color ceniciento. Todos los pelitos de mi cuerpo se erizaron y se mecieron como el trigo agitado por el viento. Miré a Patrick, que obviamente no estaba controlando lo que pasaba. Se veía como si le hubiesen sacado las tripas. Supongo que él tampoco esperaba efectos tan dramáticos.

Si esta era una prueba de valor, había perdido. Si era un ritual de sacrificio humano conmigo como víctima, había ganado porque no me quedé para averiguarlo. No pude resistir ni un segundo más. Nadie en su sano juicio se habría quedado parado allí.

Así que corrí y dejé a Patrick entre una nube de polvo, como el Correcaminos en los dibujos animados. Corrí más rápido que en toda mi vida, probablemente me crucé en el camino con el sirviente de Belcebú, salté en el coche, tomé las llaves, que estaban escondidas bajo la alfombrilla, y me largué ladera abajo; los neumáticos chillaban en cada una de las angostas y precarias curvas que tomé en dirección al Golden Gate. Cuando por fin vi las luces del puente (creo que el miedo había alterado mi visión), su estructura se estaba derritiendo y las casas del otro lado se desintegraban. El camino se elevaba y caía como una fuerte marejada. Quería prevenir a la gente, pero se veían espantosamente inhumanos.

Seguía teniendo la sensación de que había alguien o algo en el asiento trasero.

Cuando llegué a casa, salté fuera del coche y entré corriendo tan asustada que todos dieron un salto (casi todos habían tomado THC y STP). Poco a poco se calmaron y yo también me calmé. Me di un baño y me relajé.

Un rato después decidimos tomar el coche de Patrick para ir a Berkeley a ver tocar a Jim Morrison. Queríamos distribuir el LSD Blue Cheer que accidentalmente había pasado por la lavadora. Susan lo había guardado sin querer en la ropa sucia el día anterior. Mark no lo sabía y lavó toda la carga (unos cuatrocientos dólares de droga) con detergente Cheer. Ahora nuestro LSD era una mezcla de Blue Cheer y Cheer. Pensábamos regalárselo a personas que no les tuvieran miedo a los efectos secundarios del detergente.

Jim Morrison estuvo increíble, como siempre, y también el LSD, pese a los ligeros dolores de estómago. Incluso, le di un poco a Jim cuando estaba arriba del escenario y se lo tragó feliz. Después del concierto nos fuimos a la casa a fumar opio, dejando atrás a Kathy y a Eve, que fueron al camerino para ver si podían follarse a Morrison. Fumábamos opio escuchando KMPX (la mejor estación de radio en esa época) y sonó una canción que no conocíamos. Era buenísima, distinta a todo lo que habíamos escuchado. Me ofrecí, en vista de que no teníamos teléfono, a salir a la calle a las tres de la mañana y llamar a KMPX para preguntar el nombre de la canción y del músico.

Todavía estaba en la cabina telefónica, después de hablar con el DJ de KMPX y enterarme de que la canción pertenecía al disco de un tal Dr. John, *The Night Tripper*, cuando apareció

un tipo negro con el cabello corto y se paró junto a la cabina. Pensé que estaba esperando para usar el teléfono, pero no: me estaba esperando a mí.

–¿Qué piensas de Stokely Carmichael? –preguntó.

–Está bien. A decir verdad, no tengo ni buena ni mala opinión de él –le dije, dudando de la importancia de la pregunta.

–¿Te gustaría conocerlo?

–Ahora mismo, no. Es un poco tarde, ¿no crees? Debe de estar durmiendo –respondí.

Entonces sacó, de un libro de Iceberg Slim, un arma. Miré alrededor en busca de ayuda, pero no había nadie.

–Ven, vamos a conocerlo –dijo. Me empujó dentro de un Lincoln y después entró él.

Nunca conocimos a Stokely Carmichael.

En realidad, habría sido mucho mejor conocer a Stokely, porque aquello terminó en violación. Ni siquiera lo hizo bien; era un tarado, como las chicas en el autobús de Manson. Pero me dio un regalo que sacó de la enorme guantera del Lincoln: un joyero de cajita musical con una bailarina de tutú rosado.

Le pregunté si quería venir a mi casa; así lo convencí ingenuamente de que me llevara de vuelta a mi barrio. Sabía que habría gente caminando por los alrededores de Haight, así que podría saltar del coche cuando se detuviese en un semáforo o algo por el estilo. Le dije que tenía alfombras de pared a pared, aire acondicionado, un televisor en color y heroína. Cuando llegamos a Haight, vi a un par de hippies caminando, así que abrí la puerta y, aferrada a la cajita musical, me lancé del coche en movimiento.

«¡Ese tipo me ha violado!», les grité. Los hippies rodearon el coche y sacaron al sujeto. Al parecer, en esa época se estaba formando en Haight un grupo de vigilantes hippies, y estos eran unos de ellos. Estaban tomándose la justicia por su mano para proteger a «sus compañeras femeninas» de cosas como estas. No golpearon al tipo. Los hippies no hacían ese tipo de cosas. Lo obligaron a tomar una dosis enorme de LSD y le quitaron su arma.

Cuando llegué a casa, otra vez agitada, todos estaban metiéndose cocaína mezclada con metanfetamina. Se alteraron un poco cuando les conté que me habían violado. Kirk me preguntó por qué siempre a mí me tocaba toda la diversión.

Me ofrecieron un poco de coca y metanfetamina, y dimos la bienvenida al amanecer hablando de estética, filosofía oriental, Mu, la Atlántida y la llegada del apocalipsis. Grabamos la conversación, sin darnos cuenta de que repetíamos lo mismo cinco o seis veces: sonaría como un bucle estúpido cuando lo escuchásemos.

Pero ya era el día siguiente... Había llegado la hora de volver a Haight Street y divertirme un poco.